

cionista y admirador de Roosevelt, como Besteiro, puso de manifiesto su entusiasmo por la táctica de Stalin, que no es un fabiano precisamente. Otro fundador del fabianismo, acaso el más calificado de todos, el profesor Sidney Webb, hoy lord Passfield, estuvo hace poco en Rusia, y actualmente escribe en colaboración con su esposa Beatriz, una obra monumental — de más de mil páginas —, titulada **Soviet Communism**, que, a juzgar por el índice que tengo a la vista y por algunos artículos publicados por sus autores, al regresar de Rusia, en la prensa inglesa, no será, ciertamente, una exaltación de la táctica fabiana frente a la bolchevique. Pero al cabo de más de cincuenta años—la Sociedad Fabiana fué fundada en 1884—, el fabianismo o impregnacionismo se presenta en España como una novedad.

Sin embargo, la táctica infiltrante o impregnante supone un previo contacto con el cuerpo social que ha de ganarse para la buena causa. Antes hay que introducirse en la **fortaleza del enemigo sin inspirarle desconfianza**. En este sentido, el discurso de Besteiro es una obra maestra. El lector impaciente o ingenuo desea que el disertante no pierda tiempo y prosa en entrar en materia y que se apresure a explicar a los académicos y al público en general lo que es el marxismo. Vano afán. Del marxismo apenas se dice nada hasta muy corridas las cien páginas, de espacioso formato, del folleto. En cambio, se habla de todo lo humano y lo divino, de "El caso de Roosevelt", de "El colaboracionismo con la burguesía", de "La democratización de la epopeya", de "El revisionismo y su superación" (de la crítica antes de la doctrina), de "Las principales objeciones al ideario de Marx" (seguimos con el carro delante del caballo), de "La reacción contra la **Aufklärung**" (que siempre se tradujo la Ilustración, aunque Besteiro la crea ahora intraducible), del "**behaviorism**" (y no **behaviourisme**, porque es palabra inglesa y no francesa), de la "**Wertphilosophie**" y mil cosas más que se suponen impregnadas de doctrina marxista; pero si el lector no sabe previamente lo que es el marxismo, **saldrá de la copiosa y abigarrada lectura poco más o menos como el negro del sermón**.

A Besteiro le ocurre lo que a todos los que tienen escaso hábito de escribir: cuando se pone a hacerlo, trae materia excesiva o incongruente con el tema, con daño de las proporciones arquitectónicas y hasta del buen sentido. Temperamento más cogitabundo que expresi-

vo, se adivina que en este discurso ha querido darnos un índice de las materias que han sido objeto de sus arcanas reflexiones, hasta ahora casi inéditas, durante cuarenta o cincuenta años. Aquí están, en cierto modo, sus completas meditaciones, guía o prontuario de sus futuras obras completas.

Pero todo esto—repetimos—no es más que táctica, y en este caso, ni siquiera táctica fabiana, sino prefabiana. Antes de impregnar al enemigo —decíamos antes—, hay que introducirse en su plaza fuerte. La táctica que emplea en esta parte de su discurso es la auténtica del caballo de Troya. Construye un gigantesco caballo de madera con astillas ideológicas cogidas, y protegido por esta estrategia equina, allá va tras los troyanos de la Academia, que le abren sus puertas y le reciben, incautos, sin recelo. ¿Dónde está el marxismo? se pregunta el lector no avisado. ¡Ah! El marxismo está oculto dentro del caballo falaz. Esperemos a que salga del ventrudo maderamen y la **sarracina académica** será espantosa.

También nos recuerda esta táctica aquella fábula que cuenta Herodoto y que Georg Kaiser ha dramatizado bellamente en nuestros días con el título de **Lederkoepfe** (cabezas de cuero). El basileo—que en griego es el rey—tiene sitiada una plaza enemiga, que resiste heroicamente, y cuando ya está a punto de **abandonar el cerco**, hace una tentadora proposición a sus oficiales: el que invente un ardid para tomar la plaza, será nombrado mariscal de campo y además se casará con la hermosa hija del basileo. A un oficial se le ocurre una argucia monstruosa: Se mutila el rostro, se arranca orejas, nariz y labios, y de esta guisa, convertida la faz en una masa informe y sanguinolenta, comparece ante las puertas de la ciudadela sitiada, diciendo que sus compatriotas le han desfigurado de aquella forma inhumana por querer pasarse al enemigo. Como la prueba de lo que declara no puede ser más convincente, se le recibe como a un amigo, y, una vez dentro, a favor de la noche, abre las puertas a los sitiadores. ¿No se habrá mutilado Besteiro también su fisonomía marxista para hacerse admisible en la ciudadela enemiga? Por lo menos, habla en el discurso de su "alma convaleciente de pasados quebrantos". El héroe brutal de la fábula antigua—tremenda diatriba contra la guerra en el drama de Kaiser—tiene que cubrir su destrozado rostro con una capucha de cuero para no horrorizar a sus compañeros de armas y, sobre todo, a la hija del basileo. ¿No necesitan también algu-

nas almas tapar con cueros sus desfiguraciones?

Sería prolijo y fastidioso detenerse en cada una de las materias contenidas en este centón académico que estamos examinando. El provecho sería parvo, y además ya queda dicho reiteradamente que esta proliferación de asuntos, que nada o poquísimo tienen que ver con el marxismo, es una especie de diversión **estratégica para tranquilizar a los señores académicos**, o más bien un calabobos para infiltrarse insensiblemente en su dura corteza antimarxista. Sin embargo, para que todos admiren esta maestría de hacer un guiso de liebre sin liebre, aduciremos algunos ejemplos demostrativos, no tantos como quisiéramos y a que el prodigioso discurso invita, porque entonces este trabajo no tendría término. Con un breve florilegio bastará.

La panacea de Roosevelt

Empecemos por Roosevelt. ¿Quién ha dicho y escrito —y ya hay voluminosa bibliografía— que la política de Roosevelt no tiene otro objeto que salvar de la quiebra al capitalismo norteamericano, pagando en unos casos sus pérdidas a costa del erario nacional, aumentando en otros fabulosamente sus ganancias y sosteniendo al proletariado como la cuerda sostiene al ahorcado? Besteiro lo sabe mejor: "El presidente Roosevelt—afirma—, amparándose en los principios del liberalismo tradicional americano, de un liberalismo constructor de una gran nacionalidad, quiere proseguir su espíritu de lucha contra la injusticia y la tiranía, y declara la guerra a la oligarquía financiera de su país". Muchos sentirán estupor al saber que esas palabras las ha escrito un "marxista". ¿Roosevelt enemigo de la obligarquía financiera norteamericana? ¿Pero no fué él quien, como introducción a su política, abolió las leyes que existían contra los trusts? ¿Era eso acaso volver a "los principios del liberalismo tradicional", del "liberalismo constructor de una gran nacionalidad"? Por lo visto, eran esas leyes contra los trusts la causa de una sobreproducción inmensa y de un paro obrero descomunal; pero se abolieron tales leyes, se restauró "el liberalismo tradicional" y los Estados Unidos han vuelto a ser el paraíso de los tiempos de la **prosperity**.

Para Besteiro, "el experimento de Roosevelt va camino de superar, en eficacia transformadora, a algunos de los experimentos que hasta la fecha se han intentado en Europa por Gobiernos socialistas puros, mayoritarios o mi-

noritarios, o por Gobiernos mixtos con colaboración de partidos socialistas". Yo no conozco más Gobierno socialista puro y mayoritario que el de la Unión Soviética; luego el experimento ruso es inferior, "en eficacia transformadora", al "New Deal" de Roosevelt, a juicio del nuevo académico. Es decir, que una política determinada, en un país capitalista y sin modificar lo más mínimo las bases de la propiedad privada, tiene más potencia revolucionaria que la de un Gobierno francamente socialista. Estos son milagros históricos que sólo podrán entenderse y explicarse desde el punto de vista de un marxismo académico.

En los propios Estados Unidos no los entienden ni se los explican, no ya los marxistas auténticos ni los académicos, sino los que ni siquiera son socialistas, como el prestigioso semanario "The New Republic". En su número del 20 de marzo de 1935, publica un artículo titulado "Qué hacer con la N. R. A." (La N. R. A., como se sabe, es el plan de reconstrucción nacional de Roosevelt) He aquí lo que la revista neoyorquina piensa del insuperado e insuperable experimento de Roosevelt: "Después de cerca de dos años de ensayo, la N. R. A., en conjunto, ha fracasado en su propósito principal. Todavía hay unos 22 millones de personas que reciben socorro, según cifras oficiales, y algo más de 10 millones sin trabajo. Aunque los salarios por hora han aumentado, por los contratos de trabajo, al nivel de 1929 o por encima, las ganancias reales del obrero han subido mucho menos a causa de la reducción de horas por día y de las jornadas semanales. Entre tanto, se ha elevado el costo de la vida." ¿Qué hacer, pues, con la N. R. A.? Según "The New Republic", hay que "sustituirla por un nuevo cuerpo de legislación en que se elimine completamente la idea de sociedad (partnership, comunidad de intereses) entre la "industria" y el Gobierno o los trabajadores". Pero tampoco esta solución le parece muy viable, por lo siguiente: "No tenemos mucha esperanza en esta clase de tentativas, porque, en tanto sobreviva el capitalismo, los dueños del capital tendrán probablemente más éxito en utilizar el Gobierno que los trabajadores.... Lo probable es que todo el esfuerzo fracase, a menos que se socialice la industria".

Curiosa paradoja: mientras los liberales norteamericanos van descubriendo poco a poco que no hay más solución que en el socialismo, nuestros marxistas se "rooseveltizan". ¿Pero qué es, en su entraña, la política de Roosevelt? Nada más que esto: una forma especial del fas-